

asaz significativa y como quien queria ser entendido: «Monsieur Alquier, le dijo con voz áspera ó imponente: ¡esos hombres son muy culpables! ¡muy culpables! Volved á vuestras ocupaciones y no os mezeleis en este asunto. Si yo hubiera podido responderos otra cosa, ¿no comprendéis que ya lo hubiera hecho? Alquier se retiró consternado. Había comprendido perfectamente.

Estas palabras escapadas á la impaciencia de Danton, son el comentario de las que profirió el 2 de setiembre en la Asamblea.

«¡La patria se ha salvado, dijo; la campana que se va á tocar no es una señal de alarma; es la de la carga que va á darse á los enemigos de la patria! ¡Para vencerlos, para aterrarlos, ¿que es lo que se necesita? ¡Audacia, audacia y siempre audacia! El sentido que tenían estas palabras en su pensamiento, se manifestó bien á las claras en la noche que siguió á los asesinatos de Versalles. Los asesinos de Brissac y de Lessart, se volvieron á París en cuanto anocheció y se presentaron bajo las ventanas del ministerio de la Justicia, pidiendo armas para velar á las fronteras. Danton se levantó de la mesa y apareció en el balcón. «No es el ministro de la Justicia, sino el de la revolucion, el que os da las gracias, les dijo.» Jamás ningun exterminador reconoció mas descaradamente á sus cómplices. Danton violaba las leyes que estaba encargado de defender, y aceptaba la sangre que estaba encargado de vengar; ministro, no de la libertad sino de la muerte. Los erimenes de setiembre no deben achacarse á la libertad, son esclusivamente obra de unos cuantos malvados.



## LIBRO VEINTE Y SIETE.

El ejército.—Dumouriez se mantiene en Argonne.—Kellermann.—Miranda.—Campo de Sainte-Menehould.—Posicion de Kellermann.—El duque de Chartres.—Su retrato.—Valmy.—Victoria.—Retirada del ejército prusiano.—Inaccion.—Perseverancia de Dumouriez.—Acalla las murmuraciones de sus tropas.—La república es reconocida en los campamentos.

### I.

Mientras que el interregno del reinado á la república entregaba así á Paris á los satélites de Danton, la Francia con todas sus fronteras abiertas no tenia mas salvacion que el bosque de Argonne y el genio de Dumouriez.

Hemos dejado el 2 de setiembre á este general encerrado con diez y seis mil hombres en el campo de Grand-pré, y ocupando con débiles destacamentos los desfiladeros intermedios entre Sedan y Sainte-Menehould, por donde el duque de Brunswick podia tratar de romper su linea y envolver su posicion: aprovechando hora por hora la tentativa de su enemigo, hacia tocar á rebato á todos los pueblos y ocupar las dos vertientes del bosque



de Argonne, se esforzaba por escitar entre sus habitantes el entusiasmo patrio, hacia cortar los puentes y los caminos por los que el enemigo debía abordarlo y talar los árboles para dificultar los menores pasos. Pero la toma de Longwy y de Verdun, la inteligencia de los hidalgos del país con los cuerpos de emigrados, el aborrecimiento á la revolucíon y la masa desproporcionada del ejército coaligado, dificultaban la resistencia. Dumouriez, abandonado á sí mismo por los habitantes no podía contar sino con sus regimientos; los batallones de voluntarios que llegaban lentamente de París y de los departamentos, y que se organizaban en Chalons, no traían consigo mas que la inesperienza, la indisciplina y el terror. Dumouriez temia mas que descaba semejantes auxiliares. Su única esperanza consistia en su uníon con el ejército que Kellermann, sucesor de Luckner, le traía de Metz; si esta uníon podía operarse á retaguardia del bosque de Argonne, antes que las tropas del duque de Brunswick hubiesen forzado este muro natural, Kellermann y Dumouriez, reuniendo sus fuerzas, podían oponer una masa de cuarenta y cinco mil combatientes á los noventa mil coaligados, y jugado con alguna esperanza la suerte de la Francia en una batalla.

Kellermann, digno de comprender y de secundar este gran pensamiento, servia sin celos al designio de Dumouriez, satisfecho con su parte de gloria con tal que la patria se salvase. Este se trasladó oblicuamente desde Metz á la estremidad de Argonne, avisando á Dumouriez de todos los pasos que daba hácia él. Pero la inteligencia secreta que tenían estos dos generales, quedaba oculta para la masa de oficiales y tropas; en el campo mismo de Dumouriez no veían en esta inmovilidad, sino una obstinación fatal en intentar lo imposible y presagiaban la pérdida cierta del ejército que iba á ser presa de los numerosos cuerpos con que el duque de Brunswick iba á envolverlo y ahogarlo. Los viveres eran escasos y malos

y el generul mismo, no comía otro pan que el de munición: no tenían mas que legumbres y nunca carne, cerveza ni vino. Las enfermedades, consecuencia de las privaciones, trabajaban las tropas, las murmuraciones sordas agriaban los espíritus, los diputados, los ministros, Luckner mismo influidos por la correspondencia del campo, no cesaban de escribir á Dumouriez para que abandonase su comprometida posición y se retirase á Chalons. Sus amigos le advertían que el perseverar mas en aquella situación, seria causa de que se destituyese y acaso de que se espidiese un decreto de acusación contra él.

## II.

Sus propios tenientes forzaron una mañana la entrada de su tienda, y comunicándole las impresiones del ejército, le representaron la necesidad de una retirada. Dumouriez, confiado en sí mismo, recibió sus observaciones con aspecto severo: «Cuando os reuna en consejo de guerra, les dijo, atenderé á vuestros consejos, pero en este momento no escucho mas que á mi mismo; volved á vuestros puestos y no penseis sino en secundar los designios de vuestro general.» La firmeza del general inspiró confianza á sus tenientes, porque el genio tiene misterios que se respetan aun ignorándolos.

Unas ligeras escaramuzas, siempre felices, entre la vanguardia de los prusianos que avanzaron al fin hácia el bosque y los puestos de Dumouriez, devolvieron la paciencia á las tropas: los tiros y el paso de ataque son la música de los campamentos. Miaczinski, Stengel y Miranda rechazaron en todas partes á los prusianos. Ya nos son conocidos Miaczinski y Stengel, que habian sido escogidos por Dumouriez; Miranda le habia sido enviado poco tiempo antes por Petíon: el general quiso po-



nerle á prueba desde el primer día, y quedó contento de él.

Miranda, que tomó despues tanta parte en las victorias y reveses de Dumouriez, era uno de esos aventureros que no tienen mas patria que los campamentos y que prestan sus brazos y sus talentos á la causa que les parece mas digna de su sangre. Miranda habia adoptado la de las revoluciones para todo el universo. Natural del Perú, noble, rico, y con influencia en la América española habia intentado desde su juventud librar á su patria del yugo de la España. Refugiado en Europa con parte de sus riquezas, habia viajado de nacion en nacion, instruyéndose en seis lenguas, en la legislacion, y en el arte de la guerra, y buscando en todas partes á los enemigos de España y auxiliares á la libertad. La revolucion francesa le habia parecido el campo de batalla de sus ideas, y se precipitó en él. Ligado con los girondinos, hasta entonces demócratas mas avanzados que los demas, habia obtenido de ellos por Petion y por Servan el grado de general en el ejército. Ardía este general por hacerse un nombre en la guerra de nuestra independéncia, para que este nombre, resonando en América, le preparase en su patria la popularidad, la gloria y el papel de un La Fayette. Miranda, desde el primer día de su llegada al campo, mostró aquel arrojé de aventurero que naturaliza á los estrangeros en un ejército. Otro estrangero, el jóven Macdonald, descendiente de una raza militar de Escocia, trasplantada á Francia desde la revolucion de su pais, era ayudante de campo de Dumouriez, y aprendia en el campo de Grandpré, bajo las órdenes de su gefe, como se salva una patria. Andando el tiempo y á las órdenes de Napoleon, enseñó á ilustrarla; mariscal de Francia al fin de su vida, fué un héroe desde sus primeros pasos.

## III.

Dumouriez inutilizaba en esta posicion el choque de noventa mil hombres que el rey de Prusia y el duque de Brunswik aglomeraban á las inmediaciones de Argonne, haciéndoles perder el tiempo que es tan precioso elemento de éxito en las guerras de invasion. Tranquilo por su frente defendido por cinco leguas de bosques y barrancos inaccesibles, tranquilo por su derecha cubierta por los cuerpos de Dillon, y bien pronto fortificada por los veinte mil hombres de Kellermann; tranquilo por su izquierda, y libre de toda sorpresa por los destacamentos que habia situado en los cuatro desfiladeros del Argonne, por el cuerpo Miocziński que le flanqueaba en Sedan, y por el ejército del campo de Maulde, que su amigo el jóven y valiente Beurnonville le traía á marchas forzadas, un azar lo comprometió todo.

Rendido de fatiga en el cuerpo y en el espíritu, se habia olvidado de reconocer por sí mismo el desfiladero de la Cruz del Bosque que tenia á su inmediacion, y que le habian pintado como impracticable para las tropas, y sobre todo, para la caballeria y la artilleria: sin embargo, le habia hecho ocupar por un regimiento de dragones, dos batallones de voluntarios y dos piezas mandados por un coronel; pero de resultas de un movimiento parcial que llamó al campo de Grandpré al regimiento de dragones y á los dos batallones de la Cruz del Bosque, antes que el batallon de Ardennes que debia reemplazarlos llegase á su puesto; el desfiladero estuvo un momento abierto al enemigo. Los numerosos espías voluntarios que los emigrados tenian en las aldeas de Argonne, se apresuraron á ir á anunciar esta falta al general austriaco Clairfayt. Este lanzó al instante ocho mil hombres, al mandó del jóven principe de Ligne á la Cruz



del Bosque de que se apoderó. Algunas horas despues, Dumouriez, informado de este revés, dió al general Chazot dos brigadas, seis escuadrones de sus mejores tropas, cuatro piezas ademas de las de los batallones con órden de atacar á la bayoneta y apoderarse del desfiladero á toda costa. De hora en hora, el general impaciente, enviaba á Chazot sus ayudantes de campo para que apresurase su marcha, y para que le trajesen noticias: veinte y cuatro horas se pasaron en esta duda: en fin, el 14, Dumouriez oyó cañonazos sobre su izquierda, y juzgó por el estruendo que se alejaba, que los imperiales se retiraban, y que Chazot penetraba en el bosque. Aquella noche, un pliego de Chazot le instruyó, de que éste habia forzado las trincheras de los austriacos defendidas por el enemigo con un valor desesperado: que ochocientos muertos yacian en el desfiladero; y que el mismo principe de Ligne habia pagado con la vida su conquista de un día.

Pero apenas este espreso habia llgado al campo de Grampre, y Dumouriez descansaba en su seguridad, cuando Clairfayt, ardiendo por vengar la muerte del principe de Ligne, y por dar un asalto decisivo á este baluarte del ejército francés, lanzó sus columnas en el desfiladero, se apoderó de las alturas, abrasó con sus fuegos la columna de Chazot por el frente y flancos, le tomó sus cañones, interceptó sus comunicaciones con el campo de Grandpré, y le rechazó haciéndole huir en derrota sobre Vauziers. Al mismo tiempo, los cuerpos de emigrados atacaron al general Dubouquet en el desfiladero de Chene-le-Populeux. Franceses contra franceses, el valor es igual; los unos combaten por salvar una patria, los otros por reconquistarla. Dubouquet sucumbe, evacua el paso, y se retira sobre Chalons. Chazot y Dubouquet, parece que le trazan el camino: el grito del ejército entero, indicaba á Chalons como punto de refugio. Clairfayt, á la cabeza de veinte mil hombres, iba á cortarle las comu-

nunicaciones entre Dumouriez y aquella ciudad. El duque de Brunswick, con setenta mil prusianos le encerraba por tres lados en su campo de Grandpré, y sus destacamentos extraviados y sin retirada posible, reducian el ejército á quince mil combatientes. Morir de hambre en estos retrincheramientos, rendir las armas ó hacerse matar inútilmente sobre una posicion ya envuelta, tales eran las tres alternativas que se le presentaban al general. El camino de Chalons aun abierto á su retaguardia, iba á ser ocupado dentro de dos dias por Clairfayt. No habia mas que un dia para precipitarse sobre aquel pueblo y ocuparlo. La necesidad parecia trazarle su plan de campaña, pero este plan era una retirada, y una retirada ante un enemigo vencedor en dos combates parciales, era inclinar la frente de la Francia ante el estrangero. La audacia de Danton, pasó de repente al alma y á la táctica de Dumouriez. En una hora concibió un plan mas temerario que el de Argonne; cerró los oídos á los consejos tímidos de los hombres de la profesion, y no escuchó sino al entusiasmo de aquel arte que no tiene mas reglas que el genio. Se encerró con sus ayudantes de campo y con los gefes de los cuerpos, y dió á cada uno las órdenes que debian cambiar la direccion de los generales y de los cuerpos de ejército, ordenándoles otras nuevas maniobras.

A Kellerman le dió órden de continuar su marcha y de dirigirse sobre Sainte-Menehould, pequeño pueblo á la estremidad del bosque de Argonne en las últimas ondulaciones del terreno entre los Ardenes y la Champagne.

A Beurnonville la de marchar á Rethel, costeano el rio Aisne, evitando el aproximarse á Argonne para librar á sus flancos de ser atacados por Clairfayt.

A Dillon de defender hasta el último extremo los desfiladeros de Argonne que separaban aun á los prusianos sobre la derecha de Grandpré, y de destacar tropas ligeras al otro lado del bosque envolviendo su estremi-



dad por Passavant, con el fin de dificultar por este lado la marcha del duque de Brunswick, y ponerse mas pronto en comunicacion con la vanguardia de Kellermann.

A Chazot, la de volver á Autry.

Al general Sparre, que mandaba en Chalons, la de formar un campo delante de Chalons con los batallones armados que le llegasen del interior; reserva que Dumouriez preparaba para en caso de sufrir algun revés en una batalla.

Espedidas estas órdenes, condujo por sí mismo las tropas en la maniobra que quiso ejecutar por la noche, dirigiendo sobre las alturas que cubren la izquierda de Grandpré por el lado de la Cruz del Bosque, por donde le inquietaba Clairfayt, seis batallones, seis escuadrones y seis piezas de artillería en observacion contra un ataque inopinado de los austriacos: haciendo que á la caída de la tarde desfilase silenciosamente su parque de artillería por los dos puentes que atraviesan el Aisne, y que se dirigiese sobre las alturas de Autry. Ningun movimiento da á conocer al enemigo, ni en el ejército, ni en los puestos avanzados la intencion de una retirada del ejército francés.

El príncipe de Hohenlohe pidió una entrevista para aquella noche con el objeto de juzgar por sí el estado de aquel ejército; Dumouriez se la concedió y se hizo reemplazar en esta conferencia por el general Duval, quien por su edad avanzada, por sus cabellos blancos, por su alta estatura y por su actitud marcial y magestuosa, impuso al general austriaco. Duval afectó una gran seguridad, anunciando al príncipe, que Beurnonville llegaría á la mañana siguiente con diez y ocho mil hombres, y Kellermann á la cabeza de treinta mil combatientes. Desconcertado en sus tentativas de negociacion por la actitud de Duval, el general austriaco se retiró convencido de que Dumouriez esperaba el combate en su campo.

## IV.

A media noche, Dumouriez sale á caballo del castillo de Grandpré donde se alojaba, y sube á su campo en medio de las mas espesas tinieblas. En el campo todos dormian; Dumouriez prohíbe que se toquen cajas ni cornetas, y hace pasar de boca en boca y á media voz la órden de derribar las tiendas y tomar las armas: la oscuridad y la confusion retardan la formacion de las columnas, pero antes de los primeros albos del día, el ejército está en marcha; las tropas pasan en dos columnas los puentes de Seune y de Grandchamp y se forman en batalla sobre las alturas de Autry. Cubierto ya por el Aisne, Dumouriez mira si el enemigo le sigue, pero el misterio que ha cubierto su movimiento ha desconcertado al duque de Brunswick y á Clairfayt. El ejército corta los puentes de su retaguardia, se vuelve á poner en marcha y campa en Dommartin, á cuatro leguas de Grandpré. Despertado dos veces durante la noche por alarmas esparcidas por la traicion ó por el miedo, Dumouriez monta á caballo, dos veces corre al rumor, se deja ver de sus tropas, las arenga, las tranquiliza, restablece el orden, hace encender grandes hogueras, á cuyo resplandor los soldados se reconocen y reunen y trasmite á todos los corazones la confianza y la intrepidez de su alma. Por la mañana hizo dispersar por el general Duval una nube de húsares prusianos: estos húsares habian asaltado y puesto en derrota durante la noche el cuerpo del general Chazot que se creyó atacado por todo el ejército enemigo. Los fugitivos, escapándose en todas direcciones, fueron á sembrar el terror hasta Reims, de una derrota completa del ejército francés: el general, habiendo hecho coger por su caballería á algunos de estos fugitivos, los despojó del uniforme, les hizo afeitar la cabeza y las cejas, y



los arrojó del campo, declarándolos indignos de combatir por la patria. Después de esta ejecución que castigaba la cobardía con el desprecio y que recordaba las lecciones de César á sus legiones, Dumouriez volvió á ponerse en marcha y entró el 27 en el campo de Sainte-Menehould.

## V.

El campo de Sainte-Menehould, del cual el genio de Dumouriez hizo el escollo de los coaligados, parece haber sido designado por la naturaleza para servir de ciudadela á un puñado de soldados patriotas, contra un ejército innumerable y victorioso. Consiste éste en una llanura elevada, estension de cerca de una legua cuadrada precedida por el frente que daba al enemigo por una cañada cortada, estrecha y profunda, semejante al foso de una muralla: protegida por sus dos flancos, por la derecha por la caja del Aisne, y por la izquierda por estanques y lagunas intransitables para la artillería. La retaguardia de este campo estaba asegurada por algunos brazos cenagosos del Aube: al otro lado de estas aguas pantanosas y á sus orillas se elevaba un terreno sólido y estrecho que podia servir de asiento á un segundo campamento. El general reservó este segundo campo á Kellermann. Leña, agua, forrages, harinas, carnes saladas, aguardiente y municiones traídas en abundancia por los dos caminos de Reims y Chalons, mientras que estuvieron libres, dieron seguridad al general y alegría al soldado. Dumouriez habia estudiado esta posicion en algunos momentos de descanso desde el campo de Grandpré, y se estableció en ella con la infalibilidad del golpe de vista de un hombre que conoce el terreno y que no duda del éxito. Un batallón se situó en el castillo escarpado de Santo Tomás que limi-

taba y cubria su derecha; tres batallones y un regimiento de caballería en Vienne-le-Chateau; dos baterías sobre el frente del campo que enfilaba la cañada, y su vanguardia se apostó sobre las alturas que dominan al otro lado de la cañada, el arroyuelo de Tourbe y algunos puestos esparecidos sobre el camino de Chalons para mantener el mayor tiempo posible sus comunicaciones con este pueblo, que era su arsenal y su punto de reunion. Tomadas estas disposiciones y establecido el cuartel general en Sainte-Menehould en el centro del ejército, Dumouriez, inquieto por los rumores de su pretendida derrota, esparecidos por los fugitivos de Grandpré hasta París se ocupó en escribir á la Asamblea: «Me he visto obligado, decia el presidente, á abandonar el campo de Grandpré: la retirada estaba verificada cuando un terror pánico se esparció en el ejército. Diez mil hombres han huido de mil quinientos húsares prusianos: todo ha sido reparado y yo respondo de todo.»

Mientras que Dumouriez tomaba así posesion del último campo de batalla que quedaba á la Francia y disponia con anticipacion el punto en que Kellermann y Beurnonville debian reunirse al centro de sus tropas para vencer ó sucumbir con él; la fortuna engañó otra vez su prudencia, y parecia complacerse en inutilizar su genio: á la noticia de la retirada de Grandpré Kellermann, creyendo batido á Dumouriez y temiendo caer, aproximándose á la estremidad del Argonne, en las masas prusianas que suponía al otro lado del desfiladero, habia retrocedido hasta Vitry. Los correos de Dumouriez lo habian por momentos, entonces avanzó de nuevo, pero con la lentitud de un hombre que teme una celada á cada paso. Kellermann no poseía el secreto de la forana de Dumouriez, y obedeció titubeando.

Por otro lado, el amigo y confidente de Dumouriez, Beurnonville, que avanzaba desde Rethel sobre Grandpré con el ejército auxiliar del campo de Maulde, habia en-



contrado á los fugitivos de los cuerpos de Chazot; desconcertado por la relacion de la derrota completa de su general, Beurnonville se trasladó con algunos caballos sobre una colina desde donde descubria Argonne y los picos pelados que se estienden desde Grandpré á Sainte-Menehould.

Esto era en la mañana del 17, á la hora en que el ejército de Dumouriez desfilaba en Dommartin, sobre Sainte-Menehould. Al aspecto de aquella columna de tropas que ondulaba en la llanura, y de la cual la distancia y la niebla impedían distinguir los uniformes y las banderas, Beurnonville no dudó que fuese el ejército prusiano, que iba tras de los franceses. Persuadido de esto cambió de camino, redobló el paso y se dirigió sobre Chalons para reunirse á su general. Informado allí de su error por un ayudante de campo, Beurnonville no dió mas que doce horas de descanso á sus tropas fatigadas, y llegó el 19 con los nueve mil hombres aguerridos que de tan lejos traía al campo de batalla. Dumouriez, que creyó tener la victoria segura, viendo á estos valientes soldados, á quienes él llamaba sus hijos, y al cual ellos llamaban padre, fué á caballo á recibir á Beurnonville, y desde que la columna lo apercibió, oficiales, sargentos y soldados, olvidando sus fatigas y agitando los sombreros en las puntas de sus sables y bayonetas, saludaron con una inmensa aclamacion á su general en jefe. Dumouriez les pasó revista, llamó á los oficiales por sus nombres, y conoció por las caras á los soldados. Estos batallones y escuadrones, que con tanta paciencia había formado, disciplinado y habituado al fuego durante las lentas contemporizaciones de Luckner en el ejército del Norte, desfilaron delante de él cubiertos con el polvo de una larga marcha, con los caballos flacos, los uniformes viejos, los zapatos rotos, pero con las armas completas y brillantes como en un día de parada.

Quando los oficiales del estado mayor asignaron á

cada cuerpo su posicion y las armas estuvieron en pabellones al frente de las tiendas, los soldados, mas ansiosos de ver al general que de comer sus ranchos, rodearon tumultuariamente á Dumouriez, unos acariciando su caballo, otros besando sus botas, estos tomándole la mano y apretándosela familiarmente como si fuese la de un amigo, aquellos pidiéndole que los llevase pronto al combate, y todos haciendo resaltar en sus ojos y en sus fisonomias la adhesion familiar que un gefe querido de sus soldados cambia cuando quiere en heroismo. Dumouriez, que conocia el corazon del soldado como buen veterano, fomentaba en lugar de reprimir, con los ojos, la sonrisa y las manos, esta familiaridad militar que no quita nada al respeto y que añade cariño en las tropas; les dió gracias, los animó y les dijo con oportunidad algunas breves y soldadescas espresiones, que transmitidas de boca en boca y de grupo en grupo circularon como la seña de la alegría en el campo, y fueron á refluir hasta en el vivac de los batallones. Los soldados del campo de Grandpré, testigos de las señales de aprecio que los soldados del campo de Maulde daban á su general, sintieron crecer en ellos la confianza que Dumouriez empezaba apenas á conquistar. El exterior de cordialidad militar, la actitud, el gesto, las palabras de este hombre de guerra, tenían sobre las tropas tal imperio, que los dos campos, ansiosos de la preferencia de su gefe, rivalizaron en pocos dias por que les llamase á todos sus hijos. Su corazon era para sus soldados, y estos amaban á su gefe. Su entusiasmo era una necesidad para él, y lo escitaba con una mirada. Dumouriez manejaba á sus soldados, no como máquinas, sino como hombres.

## VI.

El general no habia hecho sino apearse del caballo, quando Westermann y Thouvenot, oficiales de estado



mayor de toda su confianza, fueron á anunciarle que el ejército prusiano en masa habia traspasado el límite de Argonne y se desplegaba sobre las colinas de la Luna, al otro lado del Tourbe, al frente de su posición: al mismo tiempo el jóven Macdonald, su ayudante de campo, á quien habia enviado la antevíspera sobre el camino de Vitry, venia á galope trayéndole la deseada noticia de la aproximacion de Kellermann, á quien se esperaba hacia tanto tiempo.

Este general, á la cabeza de veinte mil hombres del ejército de Metz y de algunos miles de voluntarios de la Lorena, estaba á dos horas de distancia: así la fortuna de la revolucion y la de Dumouriez, secundándose una á otra, traían á una hora fija y á un punto marcado, desde las dos estremidades de la Francia y del interior de la Alemania, las fuerzas que debian atacar al imperio y las que debian defenderlo. El compás y la regla no habrian determinado con mas exactitud el instante y el punto de la reunion que lo habia hecho el genio previsor y la infatigable paciencia de Dumouriez. En el momento Dumouriez, replegando sus destacamentos aislados, se preparó á la lucha por la concentracion de todas sus fuerzas esparcidas: el general Dubouquet, apostado en el desfiladero de Argonne, llamado Chene-le-Populeux, y al que el ataque de Clairfayt en la Cruz del Bosque habia cortado del ejército principal, se habia retirado con sus tres mil hombres á Chalons: al llegar á este pueblo, donde creia, como Beurnonville, reunirse á Dumouriez, no habia encontrado mas que diez batallones de federados y voluntarios venidos de París. Estos batallones, á la noticia de la retirada del ejército, se amotinaron contra sus gefes, cortaron la cabeza á algunos de sus oficiales, atrajeron á los otros, saquearon los almacenes del ejército, arrancaron las divisas de sus grados á los comandantes de las tropas de linea, asesinaron al coronel del regimiento de Vexin, que quiso defender sus charreteras, y

por fin se desbandaron y tomaron confusamente y en tropel el camino de Paris, proclamando en todas partes la traicion de Dumouriez y pidiendo su cabeza. Estos batallones eran los que habian, durante su marcha, ensangrentado las ciudades de Meaux, Soissons y Reims.

Dumouriez temió por el ejército el contacto y el contagio de semejantes bandas que sembraban la sedicion por do quier que habian sido reclutadas. Los verdaderos soldados despreciaban á estos héroes de las calles, rezagados en el ejército, ardientes en el motin y cobardes en el combate. Dubouquet recibió orden de no hacerles caso y de sacar solamente el pequeño número de jóvenes valientes, á quienes un verdadero entusiasmo patriótico habia hecho alistarse: debia reunirlos en reserva en Chalons, organizarlos, armarlos, aguerrirlos y tenerlos prontos; pero fuera del campo de Dumouriez.

El general Stengel, despues de haber saqueado el pais comprendido entre Argonne y Sainte-Menehould para quitar todos los viveres á los prusianos, se replegó al otro lado del Tourbe y se situó con la vanguardia sobre los cerros de Lyron, frente á las colinas de la Luna, en donde el duque de Brunswick se habia establecido. El campo de Dampierre, separado del de Dumouriez por los brazos y lodazales del Aisne, fué designado para Kellermann: pero, sea que se engañase sobre su emplazamiento, sea que quisiere marcar su independendencia en el concurso mismo con su colega, Kellermann traspasó el campo de Dampierre y situó su ejército entero, tiendas, equipages y artilleria sobre las alturas de Valmy, delante del campo de Dampierre, á la izquierda del de Sainte-Menehould. La linea del campamento de Kellermann, mas próxima al enemigo por su estremidad izquierda, tocaba por su derecha á la linea de Dumouriez y formaba con el ejército principal un ángulo entrante, en el cual el enemigo no podia arrojar sus columnas de ataque sin ser acerbillado á la vez y por los dos flancos, por la arti-



lleria de ambos cuerpos franceses. Dumouriez apercibiéndose al instante de que Kellermann estaba demasiado espuesto y aislado sobre la meseta de Valmy, envió al general Chazot, á la cabeza de ocho batallones y ocho escuadrones, para situarse detrás de la altura de Gizaucourt, poniéndolo á las órdenes de Kellermann, ordenando también al general Stengel y á Beurnonville desplegasen veinte y seis batallones sobre la derecha de Valmy, en donde su golpe de vista le había mostrado con anticipación el punto de ataque del duque de Brunswick. El aislamiento de Kellermann se corrigió de esta suerte, y Valmy quedó enlazado por la derecha y por la izquierda con el ejército principal. El plan de Dumouriez, ligero y dichosamente modificado por la temeridad de su colega, era completo. Este plan revelaba á primera vista la inteligencia del hombre de guerra y del hombre político. La cuestión era ya de cuarenta y cinco mil hombres con los noventa mil de la coalición.

## VII.

El ejército francés tenía su flanco derecho y su retaguardia cubiertos por Argonne, inaccesible al enemigo y que se defendía por sus barrancos y sus bosques. El centro, erizado de baterías y de obstáculos naturales, era inespugnable; él á la izquierda, avanzada en martillo, se destacaba solo como para provocar el combate; pero sólidamente apoyado por la masa del ejército, todos los cuerpos podían circular alrededor de ella al abrigo del Auve y de los picos de Lyron, como en un camino cubierto. El ejército daba frente á la Champaña, teniendo detrás aun el camino libre sobre Chalons y la Lorena. Viveres, refuerzos y municiones estaban asegurados en un país rico en granos y forrages. En esta posición, tan hábil y pacientemente

premeditada, Dumouriez respondía á las dos hipótesis de la campaña de los coaligados y desafiaba el genio concertado ó gastado del duque de Brunswick.

«O los prusianos, decía, quieren combatir ó querrán marchar sobre París. Si quieren combatir, encontrarán al ejército francés en un campo retrincherado por campo de batalla, obligados para atacar el centro á pasar el Auve, el Tourbe y el Bionne bajo el fuego de mis reductos, darán el flanco á Kellermann, que romperá sus columnas de ataque entre los batallones que descendan de Valmy y las baterías de mi ejército. Si dejan al ejército francés para aislarlo de París marchando sobre Chalons, el ejército, cambiando de frente, los seguirá engrosándose sobre el mismo camino de la capital. Los refuerzos del ejército del Rhin y los del Norte, que están en marcha; los batallones de voluntarios esparcidos, y que yo reuniré avanzando á través de las provincias sublevadas, elevarán el número de los combatientes á sesenta ó setenta mil hombres. Los prusianos, cortados en su base de operaciones, obligados á saquear, para vivir, en la árida Champaña, marchando por un país enemigo y sobre una tierra llena de emboscadas, avanzarán titubeando y dibilitándose á cada paso: cada uno me dará á mí nuevas fuerzas, y yo les esperaré al pie de París. Un ejército invasor puesto entre una capital de seiscientas mil almas que le cierra sus puertas, y un ejército nacional que se interpone á su retaguardia, es un ejército desecho. La Francia se salvará en el corazón de la Francia, en lugar de salvarse en las fronteras, pero ella se salvará.»

## VIII.

Así raciocinaba Dumouriez, cuando los primeros cañonazos de los prusianos retumbando al pie de las alturas



de Valmy, vinieron á anunciarle que el duque de Brunswick habia conocido el peligro de avanzar, dejando detrás de sí un ejército francés y que atacaba á Kellermann.

No era, sin embargo, el duque de Brunswick el que habia mandado el ataque, era el rey de Prusia. Impaciente de gloria, cansado de las contemporizaciones de su generalísimo, avergonzado de que sus banderas titubeasen ante un puñado de patriotas franceses, provocado por las instancias de los emigrados que le mostraban á Paris como el sepulcro de la revolucion y el ejército de Dumouriez como una banda de soldados facciosos, envalentonados solo al ver la inaccion del duque de Brunswick, el rey habia ostigado á éste para que atacase. El ejército prusiano que el generalísimo queria desplegar lentamente desde Reims á Argonne y paralelo al ejército francés, recibió orden de trasladarse en masa sobre las posiciones de Kellermann. El 19 marchó á Somme-Fourbe y pasó la noche sobre las armas. Se habia esparcido el rumor en el cuartel general del rey de Prusia, de que los franceses meditaban retirarse sobre Chalons y que los movimientos que se percibian en su linea no tenian otro objeto que ocultar esta marcha retrógrada. El rey se indignó de un plan de campaña que les dejaba siempre escaparse, y creyó sorprender á Dumouriez en la falsa posicion de un ejército que levanta su campo. El duque de Brunswick, cuya autoridad militar empezaba á declinar por el poco éxito de sus precedentes maniobras, se valió en vano del general Kœler para moderar el ardor del rey: el ataque quedó resuelto difinitivamente. El 20 á las seis de la mañana el duque, puesto á la cabeza de la vanguardia prusiana, marchó sobre Somme-Bionne con la intencion de desbordar á Kellermann, y cortarle su retirada por la carretera de Chalons. Una niebla espesa de otoño flotaba sobre la llanura, en las gargantas húmedas por donde corren los tres rios, en los barrancos hondos que

separaban á los ejércitos, y no dejaba sino los picos y cimas de las colinas libres á la luz de este océano de niebla. A la vista no habia mas que un horizonte de algunos pasos ocultando enteramente los movimientos de ambos ejércitos. Un choque inesperado de la caballeria de las dos vanguardias reveló en medio de estas tinieblas la marcha de los prusianos contra los franceses. Despues de algunos golpes rápidos y de algunos cañonazos, la vanguardia francesa se replegó sobre Valmy é informó á Kellermann de la proximidad del enemigo. El duque de Brunswick continuó su movimiento, llegó á la calzada de Chalons la revasó y desplegó sucesivamente el ejército entero á un lado y otro de este camino; á las siete se dispó la niebla repentinamente y dejó ver á los dos generales su situacion reciproca.

## IX.

El ejército de Kellermann estaba hacinado en masa en la altura y detrás del molino de Valmy: esta posicion aventurada se avanzaba como un cabo, en medio de las lineas de las bayonetas prusianas. El general Chazot aun no habia llegado con sus veinte y seis batallones para flanquear la izquierda de Kellermann. El general Leveneur, que debia flanquear su derecha y ligarla al ejército de Dumouriez, avanzaba con recelo y á paso lento temiendo atraer sobre sí por la debilidad de sus fuerzas, todo el peso de las masas prusianas que veia formadas en batalla delante de él. El general Valence, comandante de la caballeria de Kellermann se desplegó en una sola linea con un regimiento de carabineros, algunos escuadrones de dragones y cuatro batallones de granaderos entre Gizaucourt y Valmy ocultando así todo



el intervalo que Kellermann no podia cubrir ó que le separaba de este general. Las líneas de Kellermann, se formaron en el centro sobre las alturas y su numerosa artillería cubria con sus piezas las orillas del molino de Valmy, centro y llave de su posicion. Casi envuelto por las líneas semicirculares y siempre crecientes del enemigo, embarazado sobre esta elevacion demasiado estrecha para sus veinte y dos mil hombres, sus caballos, equipages y cañones, Kellermann no podia desplegar la fuerza de su ejército. El choque que se preparaba se parecia mas á un asalto de una brecha defendida por una masa de sitiados, que á un campo de batalla preparado para las maniobras de dos ejércitos.

Desde la cima de esta meseta veia Kellermann salir sucesivamente de la niebla blanquecina de la mañana y brillar á los rayos del sol la numerosa caballería prusiana, que desfilando por escuadrones y rodeando el montecillo de Gizaucourt, amenazaba envolverlo como en una red si podia forzar su posicion: varios batallones de infantería costeaban tambien la meseta de Valmy. A eso de las diez, el duque de Brunswick, habiendo formado todo su ejército en dos líneas y concebido el plan de esta jornada, se vió destacarse del centro y avanzarse hácia las faldas de Gizaucourt y de la linea una vanguardia compuesta de infantería, caballería y de tres baterías. El duque de Brunswick á caballo, rodeado de un grupo de oficiales, dirigió por sí mismo el movimiento. El ejército francés refuerza entonces sus nuevas líneas y llena el vacío que los cuerpos que tenia destacados dejaban en el centro: con auxilio del anteojo se distinguió al rey de Prusia vestido de general sobre un caballo de batalla, formando á retaguardia dos fuertes columnas de ataque, á las cuales animaba con el gesto y con la espada.

## X.

Tal era el horizonte de tiendas, de bayonetas, de cañones y de estado mayor que se desplegaba á lo lejos sobre los picos blanquizeos y en los barrancos de la Campaña el 20 de setiembre á medio dia, precisamente á la misma hora en que la Convencion, entrando en sesion, iba á deliberar sobre si la Francia habia de ser monárquica ó republicana; por dentro y en el exterior, la Francia y la libertad jugaban con la suerte.

El aspecto exterior de los dos ejércitos parecia indicar anticipadamente que el éxito de la campaña era contra nosotros. Contaban los prusianos con noventa mil hombres de todas armas, adiestrados en una táctica, herencia del gran Federico, dirigidos aun por sus tenientes; con una disciplina que convertia los batallones en máquinas de guerra, y que estinguendo toda voluntad individual en el soldado, le hacia instrumento dócil del pensamiento y de la voz de sus oficiales; con una infantería, cuya firmeza y union la hacian tan sólida é impenetrable como una muralla de hierro; con una caballería montada en los magníficos caballos de la Frisa y del Meklemburgo, los cuales por su docilidad á la brida, por su ardor moderado y por su sangre fria é intrépida, no se alborotaban ni con el estampido y el fuego de la artillería, ni con el choque de las armas blancas; con oficiales formados desde la infancia en la profesion de los combates, nacidos por decirlo así, vestidos de uniforme, conociendo á sus tropas, conocidos y ejerciendo sobre el soldado el doble ascendiente de la nobleza y de la práctica del mando, y contando por auxiliares con los regimientos escogidos del ejército austriaco, recientemente venidos desde las márgenes del Danubio en donde se habian aguerrido contra los turcos: con una nobleza francesa emigrada que contaba en sus filas todos los grandes nombres de la mo-



narquia, y en las que cada soldado combatia por su propia causa y tenia una injuria que vengar, un rey á quien salvar y una patria que reconquistar con la punta de su sable ó de su bayoneta; con generales prusianos discípulos todos de un rey militar y obligados por su honor á mantener la superioridad de su nombre en Europa; con un generalísimo que Alemania proclamaba su Agameuon y que el genio de Federico cubria con un prestigio invencible; en fin, con un rey valiente adorado de su pueblo, querido de sus tropas, vengador de la causa de los reyes, acompañado de los representantes de todas las cortes sobre el campo de batalla y supliendo la inesperiencia de la guerra con una intrepidez personal que olvidaba el rango para no acordarse mas que de su honor: he aqui el ejército prusiano.

## XI.

En el campo francés, por el contrario, no podia contarse sino con una inferioridad numérica de uno contra dos; con unos regimientos reducidos á trescientos ó cuatrocientos hombres, por efecto de las leyes de 1790, que habian estinguido los enganches por dinero: privados estos regimientos de sus mejores oficiales, por la emigracion que habia arrastrado á mas de la mitad á una tierra estrangera y por la creacion súbita de cien batallones de voluntarios, á la cabeza de los cuales se habian puesto como instructores los oficiales que habian quedado en Francia; con otros regimientos y batallones sin espíritu de cuerpo, mirándose con celos ó con desprecio; con dos sentimientos en el ejército, el de la disciplina de los antiguos, y el de la insubordinacion en los nuevos batallones; con unos oficiales antiguos sospechosos á los soldados; con soldados temibles para sus oficiales; con una caballería

mal montada y peor equipada, con una infantería intruida y sólida en los regimientos, pero novicia y débil en los batallones de nueva creacion; con un gran atraso en las pagas que se les daban en asignados despreciados por todos ellos; con armas insuficientes, vestuario desigual, usado, roto y con frecuencia hecho harapos: faltándoles á muchos soldados el calzado, y reemplazando la suela de los zapatos con yerba seca atada á las piernas con cuerdas: todos estos cuerpos ademas, procedentes de diferentes ejércitos y provincias, desconocidos los unos y los otros, y que apenas sabian el nombre de los generales que los debian mandar; con estos mismos generales ó jóvenes ó temerarios, pasando sin transicion de la obediencia al mando, ó viejos y rutinarios que no podian dominar sus hábitos metódicos ni acostumbrarse á la osadía de las guerras desesperadas: finalmente, con un general de cincuenta y tres años á la cabeza de este ejército incoherente, nuevo en la guerra, y de quien todo el mundo tenia derecho de dudar por la desconfianza en sus tropas, por la rivalidad con su principal teniente, por estar en lucha con su propio gobierno; ya porque nadie comprendia sus planes audaces y lentos; sin servicios en lo pasado, sin el nombre de una victoria en la hoja de su espada que pudiese servir de titulo para el mando: he aqui los franceses en Valmy; pero el entusiasmo de la patria y de la revolucion, latia en el corazon de este ejército, y el genio de la guerra inspiraba el alma de Dumouriez.

## XII.

Inquieto Dumouriez por la situacion de Kellermann, y á caballo desde el amanecer visitó su linea, escalonó los cuerpos entre Sainte-Menehould y Gizaucourt y corrió hácia Valmy para juzgar por si mismo de las inten-